

DEL COMERCIO

que desde el otro extremo, recibía a los visitantes con alas de poesía historiada, se cerraron los grandes portalones y los vetustos edificios quedaron en el silencio de las noches de luna clara, como a la expectativa de ver quien era capaz de volverlos a habitar, después de que por



ellas, incluso, pasase en forma de personaje de novela un tal Pepe Fajardo a quien Benito Pérez Galdós lo hizo Marqués de Beramendi y lo puso a vivir allí, en uno de los mejores ángulos de la plaza por excelencia de Atienza.

Para finales del siglo XX un único comercio quedaba con las puertas abiertas al universo de la plaza, Almacenes Ridruejo. Detrás de su histórico mostrador, de madera bruñida por el paso del tiempo y de las miles de manos que le fueron sacando brillo, todavía estaba su propietario, Don Pedro Ridruejo, uno de aquellos hombres “*del comercio*” de toda la vida, que recibía a cuantos entraban en él con la sonrisa puesta y la elegancia en el vestir que siempre distinguió a los antiguos hombres “*del comercio*” elegante de toda la vida.

Don Pedro, como si fuese el cura, o el maestro, e incluso el alcalde de la localidad, ya sabía de antemano cómo atender a su posible cliente. Y me atrevería a decir que hasta incluso sabía, antes de que se lo pidiesen, lo que le iban a adquirir. Cosas de viejo y sabio comerciante.

Aquel hombre había conservado aquella tienda, bajo los soportales de lo que fuese Casa del Cabildo, como el primer día que abrió sus puertas, aunque los géneros se fuesen almacenando en sus anaqueles, o en la trastienda, con el sabor añejo de las viejas boticas de pueblo, donde alrededor de la mesa camilla, al amor del calor del brasero, se mantenían tertulias o trataba de arreglarse el mundo en lo posible.

A su muerte, y como heredero del oficio, quedó su hijo, también Pedro. Toda la vida detrás de un mostrador viendo pasar la vida de una de las más elegantes plazas de la provincia de Guadalajara. Tal vez, si hoy le preguntasen, diría que no sabría hacer otra cosa. Que aquel oficio lo aprendió desde su nacimiento y en él sigue y le gustaría seguir hasta que se apague su último día.

Puede que sea el último comercio histórico de los que quedan en toda la Serranía de Atienza. Su exterior mantiene la estampa de postal que se llevan